

CAPÍTULO XV.

En granadina estancia hallábase, circuida de sus siervas, la sultana Aixá, la cual parece, por la dureza de sus facciones, por el imperio de su ademán, por la fuerza de su acento, más bien que reina y señora, general y pontífice. Cartas militares, instrumentos matemáticos, pergaminos y papeles varios ocupaban las alfombras, sobre las cuales yacía tendida casi, apoyando el codo en cojín de rica púrpura, con el descuido de un militar en su tienda, la cabeza en la palma de su ancha mano, más propia para manejar los instrumentos del trabajo varonil que para hacer las delicadas labores reservadas por la naturaleza y por la sociedad al débil y bello sexo. La sala de su habitual residencia en la Alhambra era la sala de los Abencerrajes. Tras las cortinas, que ornaban su ingreso, veíanse las columnas del patio de los Leones, soportando su alicatado teñido de azul y plata; y tras las celosías, oíase, como

CAPÍTULO XV.

En granadina estancia hallábase, circuida de sus siervas, la sultana Aixá, la cual parece, por la dureza de sus facciones, por el imperio de su ademán, por la fuerza de su acento, más bien que reina y señora, general y pontífice. Cartas militares, instrumentos matemáticos, pergaminos y papeles varios ocupaban las alfombras, sobre las cuales yacía tendida casi, apoyando el codo en cojín de rica púrpura, con el descuido de un militar en su tienda, la cabeza en la palma de su ancha mano, más propia para manejar los instrumentos del trabajo varonil que para hacer las delicadas labores reservadas por la naturaleza y por la sociedad al débil y bello sexo. La sala de su habitual residencia en la Alhambra era la sala de los Abencerrajes. Tras las cortinas, que ornaban su ingreso, veíanse las columnas del patio de los Leones, soportando su alicatado teñido de azul y plata; y tras las celosías, oíase, como

suave música, el rumor de las aguas, que después de haber subido á las alturas como para dorar sus gotas en los resplandores del granadino cielo, despeñábanse por las tazas de mármoles y alabastros. Una luz misteriosa caía de los agimeces, sobre que campeaba la rotonda, y cuajábase como en rica pedrería por las pintadas estaláctitas y por los caprichosos arabescos de sus paredes y de sus bóvedas. Sala terrible aquella sala poblada de sangrientos recuerdos. Como la tribu más guerrera de cuantas habitan Granada, la tribu de los abencerrajes se hubiese levantado en armas un día, el Sultán Aben Osmin llamó á sus jefes con halagos, los paseó por los ricos patios con cariño, y encerrándolos en aquel retiradísimo camarín del harem con perfidia, los entregó ¡traidor! á sus negros y á sus eunucos, quienes, armados de puñales y gumías, los descabezaron al borde del surtidor destinado á refrescar aquellos espacios, hasta teñir en sangre las claras aguas y dejar tendidos como en campos de batalla los yertos cadáveres, con las cabezas cercenadas del tronco y esparcidas por el siniestro pavimento.

Dada entonces Aixá, en alma y cuerpo, antes á los negocios de Estado que á los recreos propios de su sexo; siguiendo su natural ambicioso y sus aspiraciones inquietas, gustaba de recluirse dentro de aquel cuarto y meditar lo mismo sobre las ruidosas maniobras de los partidos que sobre la ingente autoridad de los monarcas. Dicen cuantos la co-

nocen, cuantos la ven todavía erguida sobre un reino despedazado, que si la última posesión de los musulimes en España pudiera salvarse de los decretos del destino y del poder de los cristianos, salvaríanla el valor y la entereza de esa hembra. Mujer de sangre real, engendada entre los sueños que suceden á las fatigas del combate, crecida en el fragor de las guerras, deparóle el cielo por esposo á uno de los hombres que más alientos guerreros han tenido en el mundo, el bravo é infatigable Muley Hacem, gloria espléndida de su raza, el cual, sin menospreciar las artes de la paz, vibra, como hemos visto, con la majestad de un Dios antiguo, los rayos de la guerra. No lleva ciertamente Aixá al ánimo de su real marido la dulzura y la poesía que necesitan los varones hasta para sus más gigantescos esfuerzos; pero en los estremecimientos de la agonía que sacuden á guisa de terremoto el reino granadino, quizá sus cualidades, inútiles en tiempos vulgares, sirven para prestar aliento de esperanza á la misma desesperación. Allí, donde ha llevado el comercio mil ideas católicas, y la cultura ha empobrecido la fe mahometana hasta entregarla con arte al raciocinio; y el frecuente trato con nuestra gente ha transformado las costumbres; Aixá permanece, como una estatua rígida, en su antigua fe, inaccesible á las emociones que embargan tantos ánimos y á los cambios que trae consigo el tiempo. Aborrecimiento al cristiano, amor al Koran, culto á la guerra, ambiciones de

gloria, delirio por el poder, dureza en el mando, indocilidad en la obediencia; hé ahí las calidades múltiples de tal reina, propensa de suyo á grandes empresas y condenada por el hado á representar irremisiblemente una irremediable decadencia. Gran consejero en los apuros de un reinado azaroso, gran teniente en los azares de una guerra varia, gran sostén para las vacilaciones del ánimo, no es, en realidad, lo que necesita su esposo, una compañera, en cuyos brazos reposar después de los combates y en cuyos coloquios obtener algún esparcimiento para el ánimo. Al verla austeramente vestida, con el Koran abierto ante sus ojos, con los astrolabios cerca de sus manos, acompañada de sus dos hijos, tendidos á su lado como dos cachorros, llena de arrugas la frente por la elaboración continua de las ideas, contraídos los labios con una amarga sonrisa, duras todas las facciones, diríais con seguridad que Aixá no era tanto una mujer como un compañero de Hacem. Nadie le sostenía como ella en sus empresas. Nadie como ella celebraba su arrogancia y su arrojo. Al verlo partirse, le conjuraba con frases elocuentísimas á preferir la muerte al deshonor; y al verlo volver, solamente le sonreía con agrado cuando le imaginaba victorioso. Así nadie ha celebrado como ella la altivez con que Hacem ha respondido á los reyes castellanos cuando, al requerirle y conjurarle para el pago de ciertos tributos, les ha dicho que ya en su reino fidelísimo no se bate moneda para henchir las arcas de los cris-

tianos, sino que se forjan lanzas y cimitarras para esgrimirlas en una constante campaña contra ellos. Hacem, que tenía mucho de belicoso, necesita junto á sí una mujer, que tuviera mucho de tierna. Por el amor buscamos el complemento de la propia naturaleza en cualidades y aptitudes diversas de las nuestras. Para eso lo ha inspirado pródicamente la naturaleza.

Los tiempos son de guerra, y busca la guerra el amor, como se buscan y se completan los sexos contrarios. Hacem no descansa un punto en las batallas. Y como no descansa un punto en las batallas, necesita los amores. Después de haber esgrimido muchas veces su alfanje y haber derramado muchas veces la ruina, el incendio, la muerte, aspira á más dulces afectos, como si el corazón le aconsejara oponer á las fuerzas destructoras las fuerzas creadoras de la vida. Pero ¿dónde hallar el amor? Una noche, fatigado de su continuo batallar, paseábase Muley Hacem solo por los encantados cármenes y las copudas alamedas de su Alhambra. La luna estaba en el zenit, tan hermosa como el semblante de una virgen enamorada que palidece á la melancolía de sus amores. Su luz de plata, cayendo sobre las cúspides más altas de la sierra, que del sol llamaban los antiguos, enaltecía y casi blanqueaba la nieve. Allá, en lo alto del cielo, resplandecían algunos astros, que lograban, á duras penas, atravesar con sus destellos las gasas de la luna; y en los bordes de los arroyuelos, cuya linfa

repetía los rayos del astro de la noche, extendiase, como una guirnalda de luciérnagas. Esas flores, tan frecuentes en el Mediodía, que guardan sus más finas esencias para la noche, perfumaban los aires con tales aromas que realmente podían trastornar los más firmes cerebros. Entre los juegos de luz y de sombras, sobre las ramas de los álamos dulcemente meneadas por las brisas, cantaba el ruiseñor, de suerte que sus gorjeos hubieran podido tomarse por la oda exhalada del amor universal. Muley Hacem comparaba, en su tristeza, este concierto amoroso de todas las cosas con la soledad de su vida; y pedía en sus adentros la nota correspondiente á sus aspiraciones en la armonía universal y el deseo que concordase con sus deseos en el coro infinito de todos los seres creados é increados que se hallan por la inmensidad esparcidos. Y al decir, al murmurar todo esto, alzados los brazos á la infinito para buscar las formas sin sombras correspondientes á las ideas sin expresión posible, oyó el acorde de una guzla, cuyas cadencias respondían mejor á la íntima interior tristeza suya que el rumor de los arroyos y el susurro de las hojas y el gorjeo de las aves en el sublime silencio de la noche. Aquella sí que era una melodía triste como la misma tristeza, y amorosísima como el mismo amor. Una hurí descendida del paraíso la entonaba sin duda para decir lo que no podían expresar ni la luna con sus rayos, ni el cielo con sus resplandores, ni el bosque con su rumor, ni la naturaleza

entera con sus aspiraciones instintivas á producir y á expresar una idea.

Y al son de la guzla siguió el son de un cantar producido por angélica voz de mujer, la cual en su dulzura, en su melodía, en su tristeza, formaba una de esas angélicas cadencias, cuyo origen hemos convenido, de común acuerdo, en poner allá, donde se acordaron, mucho antes de que comenzara el tiempo á fluir, las sinfonías que debían componer en sus parábolas y en sus elipses los astros. Oyó esto, y salió fuera de sí el alma de aquel hombre que suspiraba por las armonías angélicas en medio de las disonancias guerreras y de las pasiones políticas. El cantar estaba compuesto en romance; y producía amargas quejas engendradas por largo y pesado cautiverio. Cantaba, en efecto, una joven tierna, tristezas de esclava, embellecidas por esa propiedad de embellecerlo todo que siempre tuvo el dolor. Su voz se elevaba á la elegía plañendo el hogar de donde la arrancaron como á la planta de su tierra, como á la avecula de su nido; el templo, bajo cuyas bóvedas se perdieron las oraciones de que estaba naturalmente impregnada el alma; la noche fatal en que vió asaltados los muros de su castillo y muertas las gentes de su familia; la comparación necesaria entre la vida que le deparaba el amor de los suyos y la vida que le ofrecía su desamparo, huérfana de todo padre, viuda de todas las esperanzas; habiendo caído desde señora en esclava, sujeta en su dolor al pala-

cio de una sultana, y constreñida por la fatalidad á la infame adoración de altares y de dioses, los cuales no eran ni los altares de su infancia ni los dioses de sus abuelos. Pena tal, guardaba tanta poesía que cualquiera hubiese imaginado oírle pintar algo más que esos cautiverios tan frecuentes en aquellos tiempos y con tal reciprocidad sufridos por unos y otros pueblos enemigos en los sendos casos adversos de la eterna guerra. Creeríase que cantaba la prisión á que yace sujeta el alma en este mundo y las dulces aspiraciones á otro mundo, iluminado, no por ese pálido sol que al fin es una pavesa, sino por el ideal de luz inextinguible. Todas estas ideas y todas estas emociones conmovieron el alma de Muley Hacem, mientras cantaba la cautiva sus penas. Y allí le sorprendiera el alba con sus resplandores, á no haber cesado la voz en sus cadencias. Pero, al desesperanzarse de volverla á oír y recluirse en su alhamí para reconciliar el sueño y recapacitar los medios necesarios á encontrar y ver á la cantora, negóse el despierto cerebro á todo reposo, y mil figuras ideales, retratos fantásticos á los que debía corresponder la divina voz, vinieron en sueños á perturbarle y á decirle esas voluptuosísimas fantasías á cuyo soplo se enardece con facilidad en nuestras venas la sangre. Cuando más entregado se hallaba el Sultán á estos esparcimientos, vió un resplandor, que ahuyentaba las tinieblas y tras el resplandor, aparecer la siniestra figura de Aixá.

Envuelta en blanco cendal, con lámpara en la mano, los ojos extraviados, los labios contraídos, errante la mirada, podía confundírsela á primera vista con la imagen de uno de esos ensueños téticos, que vienen á turbar la paz del alma en las largas y silenciosas noches. Efectivamente, Aixá no iba no á derramar el placer en torno de su marido, antes al contrario; por si acaso olvidaba cetro y espada en el sueño, iba triste á despertarle para decirle cómo se oscurecía el cielo en todas direcciones, y bajaban los ángeles del último juicio desde las nubes, y decaía sobre sus bases el imperio granadino, y vacilaba la corona de los nazaritas en la frente de sus últimos sucesores. El necesario olvido, el reparador reposo, el silencio de la idea, esa eternidad diaria llamada sueño, tan saludable así para el cuerpo como para el alma, ese no ser, á tanta costa conseguido y tantas veces demandado al espinoso lecho, quedaban á una interrumpidos por la presencia de aquella mujer cuya voz, á manera de la trompeta apocalíptica, despertaba todas las penas de la vida, todos los terrores de la eternidad, y todos los remordimientos de la conciencia. Hacem, que soñaba despierto con la cautiva cristiana, y que se embecía en contar los medios de verla pronto y hablarla, recibió la terrible aparición de su esposa con desabrimiento, y renegó en sus adentros de la nefasta estrella, cuyo imperio así le ligaba, por tan estrechas ligaduras, con aquel

sér extraño, siniestro, repulsivo, á todos sus deseos y á todos sus instintos.

—Desde las ventanas de tu palacio puedes ver los infieles, Hacem, y duermes. Ayer he recitado la oración de los muertos; he pedido á Dios por los méritos de los espíritus puros que rodean su trono, por los méritos del Profeta Mahoma, por los méritos de todos los vivos enviados en todo el día á la noche de la tumba, que rociara cenizas frías con la lluvia de su gracia, y acordara por mansión á un sér querido de mi alma el encantado paraíso.—¿Y sabes quién era el muerto?—Pues era nuestro reino de Granada. Todo ¡ay! debe temerse ahora en estas tormentas continuas y en estos diluvios de sangre. Llegan los infieles, caballeros en sus trotones, hasta los piés de tu Alhambra, y no les ciega el esplendor de tus torres bermejas amasadas con sangre de cristianos. La hoja de sus espadas toledanas reluce á esta luz, solo repetida antes en los mahometanos alfanjes, tan temidos como nefastos cometas. No se corta el sueño en la callada noche sin oír algún relincho que indica la proximidad de un caudillo, el cual puede pasar entre las voraces llamas, puesto que ha pasado entre las musulmicas lanzas. Nuestro pueblo sabe de memoria los nombres de los Girones, de los Toledos, de los Manriques, de los Tendillas, de los Mendozas; y al mismo tiempo que sufre los botes de sus lanzas y las correrías de sus vasallos, admira tanto valor puesto á

servicio de tan mala causa. Si un Garcilaso muere á las saetas de nuestras gentes, un Arias recoge de este joyero de ciudades la preciadísima Estepona. Muley, no niego tu destreza en cabalgar, tu certería en herir, tu fortuna en justar; pero ¡cuán léjos van estando los tiempos en que cautivabas Obispos y los traías presos á tu real de Granada! Entonces te apuntaba el bozo y ahora te apuntan las canas. ¡Cuántos héroes como Aliatar han muerto á manos de guerreros bisoños como el valeroso alcaide de Antequera, ignorado segundón de una ilustre familia! Pasaron los tiempos en que un rey débil celebraba la festividad de Santiago ciñendo armas de aparato más que armas de combate á ochocientos jinetes, que fingían inútiles alardes en sociedad con damas montadas sobre palafrenes enjaezados ricamente, y vestidas de guardabazos y almaizales para arrojar en su locura fingidos arpones á nuestras fuertes murallas. Entonces había en Castilla una reina que husmeaba nuestra algalia y nuestro estoraje; ahora hay una reina que solo husmea nuestra sangre. Tú mismo has presenciado la batalla del Madroño, en que un joven imberbe, llevando el nombre mismo del Cid, que Alah confunde, el nombre de Rodrigo, y ciñéndose armadura digna de gigantes, armadura completa, con el lanzón en la mano para arremeter furioso y en otra mano la rodela donde campea un león calenturiento, abatió los nuestros á sus piés, arrancándoles audaz las hondas y las armas á los cuales fiaban su salva-

ción y su defensa. Poco después, aquella fortaleza de Archidona, fabricada en sitio á que ni las águilas pueden llegar fácilmente, cae so los freires calatraveños, presididos por su maestre el de Giron, tan fuerte en el ataque, tan audaz en el cerco, tan furioso en la acometida, que le han creído hasta sus mismos enemigos, vista la imposibilidad de subir por los repechos erizados de muros donde ha plantado sus pendones, un siniestro ángel exterminador bajado del cielo como bajarán los encargados de preceder al último juicio, y depositario de la ira de Dios, con la cual ha consumido lugares que parecían inaccesibles á la cólera devastadora del hombre. No hay castellano que no haga el juramento de Ponce de León, prometiendo por el logro de una ciudad y por el triunfo en un combate, vestirse toda la vida de cilicio; y aguardar, cuando la vejez les impida combatir, su muerte en un convento. Así no alcanzan paz nuestras tierras, sino merced á vergonzosas treguas. Es verdad que tú has tomado á Zahara; pero también es verdad que un santón de esos cuya vida se parece á profecía continua, ha presagiado que solamente pueden sobrevenirnos males de tal victoria, cuando todos los granadinos, ufanados por la ventaja de un momento, cantaban en coro tus loores. Y bien pronto se supo la realización de este horóscopo, porque bien pronto resonó por toda la vega el grito doloroso: «¡Ay de mi Alhama!» declarando perdida para siempre la ciudad más preciada de nuestro reino. Así los ojos

arrasados de lágrimas columbran con tristeza en los horizontes el triunfo de los cristianos. ¿Qué les contestaremos á nuestros parientes de África en esta vida y á nuestro Profeta Mahoma después de la muerte, cuando nos pregunten por nuestro Edén, ideado después del Celeste, para mostrar cómo la omnipotencia divina consigue hacer lo imposible? Hoy tenemos el más rico de los palacios en la más bella de las colinas y mañana tendremos un aduar en el desierto; hoy miramos las frentes de tantas ilustres tribus inclinándose en nuestra presencia y mañana solo miraremos, cuando queramos saber algo de nuestra vega, las sombrías alas de la golondrina que habrán rozado los adarves de las torres bermejas. Muley, tales tristezas habitan en tu palacio, se deslizan hasta tu lecho; y duermes todavía.

—Aixá, exclamó Muley Hacem esperezándose de fatiga tras la extensa aunque distraída atención que prestara al discurso de su mujer.

—¿Qué quíeres, Hacem?

—Quiero un poco de compasión para mí.

—Tenla tú del reino, y si no del reino por cosa demasiado grande para encerrada en tan mezquino pecho, tenla de nuestros hijos.

—No puedo compadecer á nadie aquí en la tierra, cuando toda la compasión que podría consagrar á los demás, ¡oh! la necesito para mí.

—¡Ay! ¡Me insultas de esa suerte!

—¿Te parece poca desgracia no dormir en paz

como duermen allá en sus mazmorras los esclavos?

—Tengo dos hijos, y desde la hora en que me sentí mujer desee tenerlos. Quiero para mis hijos dignidades, riquezas, coronas, como buena madre que soy, gracias á Alah. Y pues quiero, no para mí, para ellos, todos estos bienes, ya puedes suponer cómo veré al reino granadino cayéndose todo él en pedazos, sus vegas más hermosas taladas, sus hijos más valientes cautivos, sus predios más ricos incendiados, sus muros más fuertes ruinosos, sus ciudades más queridas sitiadas, su próximo fin anunciado por tantos y tan terribles anuncios como los que pudieran verse así en tierra como en cielo al acercarse ¡ay! el postrimer juicio.

—Aixá, dijo Hacem incorporándose en el lecho y dirigiendo miradas de odio á su impertinente mujer; tu esposo no ha consentido un punto de descanso á sus fuerzas. Tu esposo ha pasado por el mundo á caballo y cimitarra en mano. Tu esposo ha caído sobre las tierras cristianas como el rayo sobre el árbol, como el huracán sobre la selva, como la tormenta sobre el mar. Una humareda espesa y un rastro de sangre indeleble señalan su paso por todas las comarcas que recorre con su furia. Las victorias rebosan en nuestros anales, los timbres se aumentan en nuestros escudos, los cautivos se amontonan en nuestras mazmorras, los despojos crecen en nuestras porfias, el reino nazarita se salva del feroz empuje castellano. Solamente puede perderlo para siempre la intriga ase-

sina deslizándose en nuestros palacios, la división artera en nuestras gentes, los facciosos traidores en nuestras huestes, los rebeldes á su reino en nuestro pueblo. Y tus quejas suscitan todos estos males en razas de antiguo mal contentas.

—Suprime tus errores y verás cómo suspendo mis plañidos.

—Estoy seguro de que dejo el reino íntegro á tus hijos; y estoy seguro también de que tus hijos lo perderán para siempre. Quiéres destinarlos al trono y los encierras como viles mujeres en el serrallo. Quieres que aprendan á reinar y no los envías á combatir. Quieres que tomen el acerbo alfange cuyo filo cercena las cristianas cabezas y los acostumbras á la punta que borda los femeniles brocados. Las gentes llaman á tu predilecto, á tu primogénito, á tu Boabdil amado, el chico y el sin ventura, como diciendo que al morir su padre, morirá con él también la última esperanza y la postrer fortuna de Granada.

—Injusta conmigo, Hacem, con tu mujer, con tu Aixá, con la madre de tus hijos. Apenas dejara el pecho de su nodriza cuando le caía en los labios acostumbrados á la dulce leche el amargor acerbo de la sangre. Las lanzas cristianas han herido su garganta en la edad en que solamente la habían tocado los besos ardientes de esta madre. Y lo injurias creyéndole indigno de una corona, que llevará con gloria, y de un reino que defenderá con heroísmo. Alah permita que le legues el reino con

fortuna, pues ya lo conservará él con gloria. Así tuviera en la maestría del padre toda la fe que tengo en la estrella del hijo.

—Mira, Aixá, no me molestes así. En el coro de loores que á todas partes me sigue por haber defendido este reino nuestro con tanto brío, no lances tú la discordancia de tan agria voz y de tan importunos lamentos. Teme que algún día tu esposo te maldiga y te repudie.

—¿Esas tenemos? exclamó Aixá enfureciéndose como una herida tigre y dando á sus facciones duras y rígidas mayor rigidez y dureza con el aspecto de su cólera. ¿Esas tenemos? Pues no en vano amenazas, Hacem, á una mujer como yo, capaz de levantarse con brío en armas contra tí mismo y de ponerse al frente de un motín popular para arrancarte la corona de las sienes y del pecho el corazón. Granada es un hervidero de odios. Los fugitivos de tantas ciudades como nos ha robado la desgracia no pueden ver á las antiguas familias damasquinas, porque atribuyen á su molicie las más naturales desventuras. Los muchos renegados, que por todas partes pululan, atrevidos y cebados por inmundas logrerías, no pueden ver á los fieles, que los desprecian con justísimo desprecio como á traidores y apóstatas. El zeneta maldice del gomel, como el gomel del zegrí, como el zegrí del abencerraje. La división reina en nuestra propia familia. Tu valeroso hermano, á quien llaman las gentes el Zagal, aspira en su ambición á una corona imposi-

ble en reino tan recortado, cuyas últimas migajas pertenecen exclusivamente á mi Boabdil y á su hermano. De estos hijos tuyos no puedes fiarte, hallándose como hallan hoy ambos á dos en mis manos, y sabiendo ambos á dos, como saben, cuánto desprecio debe inspirarles el malaventurado que ha perdido su Alhama.

La cólera de Muley Hacem no pudo sufrir más tiempo tanto insulto, y estalló con estruendo. Como el león, que ha oído en el desierto sonar un arma, relampagueó su mirada, rugió su pecho, rechinaron sus dientes, erizóse su cabello, abriéronse sus garras. De un salto abandonó el mullido lecho, y de un tirón descolgó el cercano alfanje. Apenas descolgado, desenvainólo con espasmo de ciego furor; y apenas desenvainado, asestólo al cuerpo de su insolente mujer. El conocimiento que tenía ésta del natural violentísimo de Hacem, sirvióle para ponerse con rapidez en cobro y evitar tan feroz golpe, el cual dió en la puerta del harem, por donde huyera la Sultana, iracunda, terrible, imperiosa, guerrero en fuga, más que mujer en celo, pues ni lanzó un quejido, ni vertió una lágrima, metiéndose airada en su lecho, como pudiera meterse una leona en su caverna.